

*Crisis y contrato social. Los jóvenes en la sociedad del futuro,*

Elena Rodríguez San Julián y Juan Carlos Ballesteros Guerra, con prólogo de Fernando Conde Gutiérrez del Álamo. Madrid: CRS-FAD, 2013

ANNA SANMARTÍN ORTÍ

Centro Reina Sofía sobre Adolescencia y Juventud (FAD)

asanmartin@fad.es

La primera publicación de la colección de investigaciones del Centro Reina Sofía sobre adolescencia y juventud de la Fundación de Ayuda contra la Drogadicción aborda un tema relevante y de actualidad: las percepciones de los y las jóvenes sobre la crisis actual y sus implicaciones en la ruptura del “contrato social”.

A partir del empleo de una metodología combinada para obtener datos cuantitativos y cualitativos, la investigación se adentra en las miradas de la población joven ante los acontecimientos y circunstancias actuales, con el fin de conocer cuáles son sus expectativas y estrategias para afrontar el presente y proyectarse hacia el futuro.

Los datos, recabados durante el año 2012, proceden de una encuesta aplicada sobre una muestra representativa de 1.000 jóvenes españoles entre los 18 y los 24 años, y ocho grupos de discusión con jóvenes entre los 20 y los 24 años. Y el análisis de estos datos permite a los autores dibujar las trayectorias laborales y formativas de los jóvenes, adentrarse en sus percepciones acerca del trabajo, la crisis y la situación actual y conocer sus estrategias vitales y perspectivas futuras.

Partiendo del concepto de “contrato social” como la expectativa de un compromiso implícito entre los jóvenes y la sociedad, que estipula que a cambio de un esfuerzo inicial, normalmente de carácter formativo, se garantiza la integración futura (social, laboral, ciudadana) de esos jóvenes, el estudio arranca mostrando la ruptura que la crisis actual está suponiendo respecto a dicho pacto. En este sentido, la quiebra de los consensos sociales básicos que han organizado la convivencia social en las democracias europeas en las últimas décadas, señala Conde, pueden tener gravísimas consecuencias en el desarrollo económico y social, en la organización de la vida en común y en un marco de bienestar.

Pese a que el contrato social ha ido modificándose en paralelo a la evolución de la propia sociedad (ensanchándose la edad de lo que se entiende por jóvenes, modificando y pluralizando las formas de concepción de las nuevas familias a constituir o ampliándose la segmentación social de unas trayectorias inicialmente más universales), esa forma de contrato ha seguido operando en el imaginario social y político dominante, configurando la juventud como una etapa de transición, e impulsando un conjunto de políticas que ofrecían una perspectiva de futuro más o menos clara.

Hoy este escenario parece haber cambiado, y así lo perciben los propios jóvenes consultados en el estudio. La estructura socioeconómica española condiciona un mercado laboral muy frágil, en el que los jóvenes son especialmente vulnerables, y no se aprecian respuestas sociales y políticas adecuadas. Más bien, lo que reina es una enorme incertidumbre sobre el

presente y el futuro, causada por la crisis y sus impactos en la destrucción y precarización del empleo y, como consecuencia, un temor ante la enorme dificultad percibida para construir una vida independiente y normalizada a corto y medio plazo. Esta visión desesperanzada rescata algunos elementos positivos casi exclusivamente en el terreno de lo personal, mostrando satisfacción en valores tradicionales y espacios vinculados a la familia, los amigos o el tiempo libre.

Para un 77% de los jóvenes consultados el paro es el principal problema manifestado. Le siguen cuestiones relacionadas con el ámbito laboral, como salarios bajos y precariedad de los empleos, y es importante señalar que las dificultades relativas a la vivienda, según indican los datos (señalado por un 12%), parece un problema subsidiario de otras condiciones económicas que se consideran prioritarias para abandonar el hogar familiar. Las cifras muestran, asimismo, unos valores muy elevados en la probabilidad que aprecian los y las jóvenes de tener que depender de la familia (80%), tener que trabajar en lo que sea (85%), así como en la opción de tener que estudiar más (79,2%) o irse al extranjero (61,7%).

El análisis del discurso, por su parte, dota de contenido y aporta matices a las cifras que va desglosando el estudio. La incertidumbre ante el futuro y el alargamiento de los estados de dependencia dificultan para los jóvenes el diseño de itinerarios propios y dibujan un horizonte poco esperanzador de mejora en el medio plazo. En tal escenario, hay una tendencia generalizada hacia afirmaciones que apuntan a una necesidad de cambio en algunos parámetros del sistema social y económico, pero se percibe un importante escepticismo sobre la posibilidad de transformaciones reales y profundas que modifiquen de manera sustancial comportamientos sociales e individuales, como la corrupción o el egoísmo.

Asimismo, se habla de una ruptura real de la correlación educación/esfuerzo y trabajo, pues el paro y la crisis tienden a igualar las estrategias de incorporación al mundo adulto entre quienes han estudiado y quienes no lo han hecho. La adaptación, la flexibilidad (trabajar en lo que sea, en cualquier condición) y la experiencia laboral previa parecen erigirse como las nuevas herramientas que aseguran la preparación “práctica” que valoran los empleadores.

Sin embargo, pese a que se maneje este discurso, la formación sigue siendo una estrategia que otorga beneficios claros y tangibles y donde se proyectan las estrategias de una futura mejora, pues la situación se interpreta como coyuntural. Y en función de la formación de cada cual, vemos discursos encaminados a la realización de ciclos formativos superiores o el planteamiento de un retorno a los estudios. Es decir, las diferencias formativas y de clase social marcan distancias evidentes frente a posibilidades de acceso a formación y definición de objetivos para afrontar el contexto de crisis actual: entre las personas de estatus alto o medio, impera el deseo de mantener el conseguido por sus progenitores; deseo de difícil consecución, pero al que se orientan todas las estrategias y esfuerzos (elección de estudios que lo aseguren, sobrecualificación). Entre aquellos de menor estatus de clase, las expectativas parecen ser, en este momento, de estricta supervivencia, lo que deriva en estrategias más adaptativas y de menor alcance (algún módulo formativo, curso de idiomas, etc.).

Las estrategias y decisiones sobre trabajos o estudios se tomaron en tiempos absolutamente distintos, con unas expectativas sobre el futuro radicalmente diferentes a la situación actual. Sin embargo, no encontramos personas que se “arrepientan” totalmente de las decisiones

tomadas, puesto que eran coherentes con el tiempo y las circunstancias de entonces. Aunque sí se apuntan algunos matices que se aplicarían a las decisiones adoptadas: como haber acumulado algo de experiencia laboral entre quienes no la tienen, o haber cursado algún módulo más de formación, entre quienes no han cursado estudios o los dejaron “a medias”.

En general, se muestran críticos con el sistema, al que consideran responsable fundamental de la situación actual. Un 71% ve como responsables de su situación y sus problemas al gobierno y los partidos políticos, un 39% mira a la situación económica general y un 20% al conjunto de la sociedad. Y los datos muestran dos tendencias que apuntan a la necesidad de establecer cambios profundos en el sistema económico, político, social e institucional, por un lado, y a la continuidad del funcionamiento de dicho sistema, sea o no con ciertas reformas, por el otro.

La primera de las posiciones, es decir, la que apuesta por una crisis del sistema, o de un cambio profundo y radical, es mayoritaria, y cercana al 50%. Sin embargo, en el otro polo, se encuentra también un 28% que apuesta por la continuidad con reformas y un 9% que apoya el mantenimiento del sistema y su funcionamiento tal cual está establecido. No llega al 9% el grupo más pesimista, que considera que los y las ciudadanos no pueden hacer nada para resolver la situación actual.

Los jóvenes españoles reconocen disfrutar las prestaciones del Estado de Bienestar mucho más que sus padres, salvo en lo que se refiere a la estabilidad y la seguridad, que la crisis parece haber puesto en cuestión. Sin embargo, creen que sus hijos vivirán mucho menos esas ventajas, aunque sin retrotraerse a la situación de la generación anterior. Y pese a todos los datos aportados, la incertidumbre reinante y la quiebra de expectativas, en la valoración general de su situación casi un 70% considera que tiene una buena vida (entendiendo por ello elementos como poder trabajar en lo que a uno le gusta y tener la familia que desea, ser autosuficiente, lograr éxito en el trabajo, o contar con buenos amigos), aunque es algo más pesimista respecto a la vida que tendrá en el futuro (la cifra desciende al 61%). No es desdeñable, sin embargo, que un 22,7% considere que no disfruta de una buena vida.

Por tanto, la encuesta y los discursos de los y las jóvenes dan buenas pistas sobre las opciones vitales de los jóvenes españoles en la actualidad y permiten escuchar las preocupaciones y valoraciones del tiempo que les ha tocado vivir en sus propios términos (a través de la reproducción de *verbatim*s a lo largo del texto). Se muestran trayectorias diversas pero muy marcadas, como cabía esperar, por la ausencia de empleo y su precarización. Y es asimismo relevante la confianza que se tiene en la formación como mejor opción para afrontar el porvenir y la visión de un futuro en donde ellos podrán conservar un nivel de vida similar a la de sus progenitores, pero no asegurarlo para sus descendientes, algo completamente novedoso respecto a estudios de años previos.

La situación actual se ve complicada y el futuro se presenta bajo el signo de una inseguridad que pone en tela de juicio las normas y consensos sociales básicos de una incorporación normalizada a la sociedad y al mundo adulto. Y las opciones a tal incertidumbre residen fundamentalmente en la respuesta individual, en la puesta en marcha de estrategias personales de resistencia, adaptación y reciclaje que permitan sobreponerse a las dificultades, a base de esfuerzo, suerte y otras variables. Todo ello a costa de dilatar aún más la trayectoria vital y de aceptar fórmulas de flexibilización y movilidad laboral, impensables en el pasado.

Datos que permiten al lector reflexionar sobre el modelo social que estamos construyendo y las trayectorias personales y profesionales que están trazando los jóvenes en un momento vital clave, en un corto y medio plazo, como respuesta a esta difícil coyuntura.